

IX. DE LA CONVERSACIÓN DE LOS IGUALES

La de los inferiores e iguales, o de los que no tiene encima de nosotros sino alguna dignidad dependiente deste primer poder, no es tan tendida ni tan difícil que la del señor. Pero es también más peligroso de relajarse y de hacer faltas que en esta otra, donde el Espíritu está siempre delante de sí y presente a las cosas de que emprende de platicar. Esto se nota principalmente entre nuestros amigos particulares donde nuestra alma sintiéndose descargada desta fuerza que le da tormento en las demás compañías deje ir todos sus movimientos naturales por de fuera con descuido, que nos hace a menudo casi de todo de hecho desemejantes de lo que parecemos en público. Con todo eso esta libertad no debe nunca ser tan olvidada que no quede en las reglas de un dulce y honesto respeto que sin nunca hacer violencia al espíritu le deja tirar los placeres desta agradable manera de entretenimiento en su puridad y sin ninguna mezila de amargura.

IX-a-Faltas que se cometen en la conversación de los amigos.

Esta templanza es más difícil que parece y muchos se hacen admirar en la Casa Real y en las célebres juntas, que no pueden aprender el arte de vivir como conviene con los que son los más confidentes y más familiares. La causa desto no procede sino de lo que no aman a los que los aman, y de la vanidad que tiene de creer que siendo harto honestos por no perder jamás algunos de los que una vez han ganado no se les da nada de trabajar sino muy flojamente para conservarlos. Así no es sino que en los lugares donde esperan extender sus conquistas que vendan su buen humor y se reserven para jugar sobre grandes cadalsos los mejores personajes que hayan aprendido. Entretanto, ¿qué injusticia es hacer a los que nos aman, que no traerles sino las faltas de

nuestro espíritu y dar a aquellos de quien no somos aún conocidos todo lo que tiene demás excelente para contentar? Es bien ignorar este precepto de sabiduría que nos enseña que el precio del alma no consiste a levantarse alto pero a caminar regladamente e igualmente. Y cierto que su verdadera grandeza no se nota tanto en las cosas grandes y extraordinarias como ella se ejercita a las medianas y comunes. Que aquellos que quieren pues parvenir a una estima maciza procuran guardarse de ser salteados desta humor que es propiamente la de los engañadores de que la infamia es tan general en la Corte. Es por ahí que se han perdido muchos que después de haberse disfrazado largo tiempo, se halla en fin, habiendo sido descubiertos, que lo que adelantaban de un lado se destruya del otro y que las arruinas de sus primeras amistades tiraban tras sí la caída de todas las demás que habían edificado sobre tan malos fundamentos. Y de hecho no es menester casi nada por difamar un hombre en semejantes cosas y hacerlo pasar por infiel por mal amigo o por otra cosa cualquiera aún peor. Porque estos vicios, siendo pegados en el alma que no es escondida, somos contentos entre una multitud de personas que quien buen garbo en la Corte, que nos aprenda, los cuales son las que tienen bueno y mal juego. Y cuando una vez está ganada nuestra imaginación, conviene tener pruebas de lo contrario bien claras y en gran número para hacerla volver demás que raramente sucede que nos metamos nosotros mismos en pena de despeñarnos. Entretanto el ruido destas cosas multiplicándose al infinito como es el ordinario de los que no son buenos, estos sutiles y afinados cortesanos sienten que poco a poco cada uno se retira de su tráfago y que se han del todo arruinado de crédito por adquirirlo antes grande que bien macizo.

IX-b-De la estima y el medio de adquirirla

Y por tanto todos nuestros cuidados deben ser empleados a ganar temprano y por buen camino la opinión de la gente honrada, pues que todo el mundo sabe cuánto es importante para acertarnos el camino que nos puede llevar a la

alta y encumbrada fama. Un hombre solo en una grande corte como la nuestra no sabría hacer todo de sí mismo, y si no es ayudado de muchos se sentiría a menudo oprimido de vegezantes de ser solamente conocido de sus iguales.

IX-c-Que los espíritus juiciosos tienen menos muestra que los que la imaginación y la memoria abundan

No es todo de tener merecimiento, conviene saberlo emplear y hacerlo valer. La industria ayuda mucho a hacer parecer la virtud y es una cosa extraña que los que sobre todo son los más juiciosos han menester más deste socorro. Porque los efectos del juicio son tan pesados al precio de los que nacen de la vivacidad de la imaginación y de la presteza de la memoria que si los buenos jueces no se penasen de pleitear la causa desta suerte de espíritus también como de juzgarla, serían bien a menudo en peligro de perderla. Yo querría pues por esta razón principalmente, que todas las veces que nuestro Hombre-honesto hará su entrada primera en alguna casa principal o que se deba hallar en algún corrillo donde todos los rostros le serán incógnitos, también como las condiciones de las personas que se hallaran, hubiera hecho sembrar una buena opinión de su ingenio antes que producir su persona.

IX-d-Diferencia de opinión que se concibe de las cosas intelectuales y de las que caen debajo los sentidos exteriores

Y no conviene temer en este punto lo que se ve en muchos otros, donde acontece a menudo que a fuerza de oír alabar mucho la excelencia de alguna cosa se forman en la imaginación una idea tan perfecta y se concibe tan admirable que cuando la vienen a medir con el original tan grande y rara que se halle, si es que en comparación de lo que se había figurado, no deja de parecer pequeña y defectuosa. Conviene considerar aquí que las cosas que se

destruyen así por su propia estima son aquellas de la que el ojo puede juzgar delgada. Como los que no han estado nunca en París y que entienden decir tantas maravillas, la pueden juzgar mayor y más poblada que la hallan cuando la ven. Pero en las buenas calidades que los hombres poseen, no es lo mismo porque no se ve dellos sino la menor parte en el exterior, de tal manera que el primer día que comienzan a entrar en conversación con una persona, cuando mismo no se habría esperado, no se despojan por eso de la buena opinión que se ha concebido pero se espera de cada día a descubrir alguna virtud escondida teniendo firme siempre esta primera impresión que se ha formado en nuestro entendimiento por el testimonio de mucha gente hábil.

IX-e-De la opinión, su ceguera y su tiranía

Pues estas primeras impresiones son tan poderosas o más presto tiranas que, aunque no tengan fundamento más macizo que los ruidos comunes, no dejan de usurpar sobre la razón la autoridad de juzgar y ciegan tan fuertemente el entendimiento que no pueden más discernir lo verdadero de lo falso, ni lo malo de lo bueno. Los italianos hacen un cierto cuento que no prueba mal esta fuerza de la opinión. Y, porque de pocos años a esta parte ha sido renovado en Francia con las mismas circunstancias, vale más hacerlo tal sabemos que ha sucedido que de recorrer a los nombres forasteros¹.

IX-f-Ejemplo para probar la fuerza de la opinión

Era un hidalgo de muy buena estirpe y de un gran merecimiento, el cuál había nacido harto dichosamente para la poesía y mostraba mucho ardor de genio y un grande entendimiento para hacerle esperar la aprobación de los que no miran de tan cerca, y aún para hacerle ganar una buena fama. Con todo eso como la fortuna se mezcla de distribuirla, también como las riquezas y las dignidades. Éste fue tan desdichado, que nada de lo que hacía podía ser

¹ Castiglione, 1994: 21, 24, 37-38).

agradable a ninguno de los a quien pretendía agradar. Veía muy bien que este disgusto no venía sino de una opinión preocupada y juzgando asaz sanamente de sus obras como él hacía para conocer que, si no merecían extremas alabanzas, a lo menos no eran dignas de ningún menosprecio, se sirvió de una harto donosa sutilidad para mostrar la injusticia que le hacían. Tomó cuidado de cobrar primeramente una pieza de Malherbe², que los curiosos habían guardado largo tiempo de que tuvo él la primera copia, la cual había prometido mostrar a los que quería coger. Al instante, habiéndolos ido a hallar para hablarles y engañarlos todo junto, como hizo en lugar de versos que guardaban les propuso otros que había compuesto sobre el mismo sujeto. A designio los había hecho imprimir con el nombre de Malherbe al principio para dar mayor autoridad a su invención. Estas gentes, que la reverencia deste nombre había ya dispuesto a todos a la admiración destes versos, en la fin de cada estancia se ponían a hacer exclamaciones y a atestiguar encantamientos tan extraordinarios que parecía que fuese alguna obra caída del Cielo, tanto hallaban de divinidad. Después que les hubo dado espacio de volver en sí desta éxtasis, donde la admiración parecía haberlos zambullido, les rogó ver otros escritos a la mano que decía ser suyos, y que de hecho eran los de Malherbe, y les suplicó de juzgar si como su materia era la mesma la manera de empleo se hallaría mucho más diferente. ¡Qué efecto de la imaginación! Casi todos, como de un consentimiento común, se encontraron a topar de llegada al primer verso de mil reprehensiones impertinentes y redículas. Cada palabra hacía tres o cuatro faltas, ninguna era francés ni alojada en su lugar, no había nada sino durezas y transposiciones, las mismas vírgulas estaban mal puestas y haberlos hacer la anatomía desto verso hubieran dicho que no era sino Esquizaro que les hubieran dado en lugar de Francés. El segundo ni el tercero no fueron mejor tratados que el primero y si la noche no los hubiera cogido sobre el cuarto sin pensar iban a concluir en la fin de la estancia que Malherbe no tenía buen juicio. Dejo a pensar a todo el mundo cuál debió ser la confusión destes buenos jueces cuando supieron los ciertos autores de la una

² Entre Nicolas Faret y Malherbe se mantuvo una relación intelectual intensa (Magendie 1993: 25 y Faret 1638, in-8º, I: 116).

y de la otra destas dos piezas. Me paro solamente a considerar los extraños efectos de la opinión, que tonta y ciega como es, hace plegar así el juicio del hombre a su voluntad y lleva su gusto de cualquier cabo con un imperio tan absoluto como si tuviese la razón por guía. Si se me permite de hablar aquí de mis intereses sin hacer impertinencia, se verá muy a la clara que no es sin sujeto que yo llamo a su poder tiránico, pues que puede hacer pasar en el mundo a todos los hombres por lo que ella quiere. Un hábil por un loco, un sabio por un extravagante, un hombre cuerdo por un desbaratado y generalmente volcar toda la orden que la razón y la verdad han establecido en el mundo.

IX-g-Otro ejemplo sobre el mismo sujeto

No tengo condición de venderme por otro que soy, tampoco tengo para qué pasar por una persona que sea muy reglada en su vida y cierto que la barahúnda con la desorden donde ruedan todos los que están empeñados en el seguimiento de la Corte no les permite ejercitar estas hermosas virtudes que requieren este dulce y apacible estado de vida tras el cual yo suspiro de tan buen corazón³. Con todo eso puedo decir con verdad, y desta verdad pueden ser testigos todos aquellos de quien soy particularmente conocido, que nunca he expuesto mi razón en azar de ser cogido en algún exceso. Que si el amor de la gente honrada y de su conversación más ha hecho pasar con los que he conocido una parte de mi vida en honestos ejercicios y entre inocentes placeres tengo de sujeto alabar mi buena dicha de haber vivido así antes que tener dolor de haberme hallado en estas compañías. Entre tanto no se como se ha encontrado que mi nombre por mala suerte rime tan dichosamente con cabaret, que los buenos y malos poetas amigos míos y los incógnitos confusamente y con la misma libertad se han servido desta rima que ellos hallaban tan cómoda y la han hecho tan pública, que la mayor parte de los que no me merecen muy bien se imaginan que soy algún trapo o bandera de

³ Ver sus cartas a Mme. Desgloses, 2 de agosto de 1626, o a Balzac, 3 de octubre de 1625, en *Recueil de lettres nouvelles* (II, 73-74 y 84).

taberna o que sea algún tragón que siempre está borracho. Así mesmo en una de las mejores juntas de Francia donde daban a cada uno un epíteto que notaba alguna falta o alguna virtud de aquel a quien se enderezaba, yo tuve el de 'Viejo' porque a mi garbo mostraba tener diez años más que no tenía en efecto. Después deste tiempo mis amigos, y muchas personas de calidad, se han de tal manera acostumbrado a llamarme así que ha sucedido más de una vez que he tenido harta pena a hacerme pasar por mí mesmo a algunos que no habían visto nunca porque no tenía yo una grande barba blanca ni ninguna otra señal de vejez.

IX-h-Excusa del autor sobre los dos ejemplos precedentes

Por este punto de la edad me es muy indiferente que digan o que crean lo que querrán, no alego solamente sino para probar lo que puede la opinión. Pero cuanto al otro ejemplo que va de las buenas costumbres, en que todo el mundo es obligado de conservar su fama, yo concedo que yo seré muy contento que me creyesen tal cual soy y que me conociesen más presto por mis acciones que por los donaires⁴ que se cantan en las encrucijadas. Mas pues que mis acciones son muy comunes por haber ruido, yo me aseguro que no se hallará muy extraño si me muestro como soy y como puedo y si me sirvo de la ocasión desta plática para hacer esta declaración.

⁴ *donaires*: “donaires, gracias” (Moliner, 1977). “Donaire se toma asimismo por el chiste y gracia que se dice para atraer las voluntades de los que escuchan. Lat. *Facestiae*, arum. Sales, ium RODRIG. Exerc. Tom. 2 trat. Cap. 12. Entre los Seglares, dice, los donaires pasan por donaires; pero en la boca del Sacerdote y el Religioso son blasfemias. (D.A., 2000, tom. II, letra D , pag 335).